

## JUBILEO DEL EDUCADOR

*Catedral de La Habana, 15 de julio del 2000*

*«Enseñar puede cualquiera, educar solo quien sea un Evangelio vivo».*

Queridos hermanos y hermanas:

He escogido para comenzar la exposición de la Palabra de Dios este aforismo del gran pedagogo cubano José de la Luz y Caballero, maestro de maestros, pues nos introduce de lleno en el núcleo central de nuestra reflexión en esta Eucaristía con la que celebramos el Jubileo de los Educadores.

En la sentencia de Luz, avalada por su sabiduría, su experiencia y su testimonio de vida, el peso fundamental de la tarea educadora está en el maestro. Lo indican en su aforismo las palabras seleccionadas, con las cuales se preocupó de mostrar la diferencia entre enseñar y educar y la preeminencia que da a la educación sobre la simple enseñanza, al contraponerlas como lo más y lo menos. El trasfondo fácilmente reconocible de su aforismo es que el maestro es aquel que educa, no solo quien enseña. De enseñanza podemos hablar refiriéndonos a medios técnicos, a textos de mayor o menor calidad, a sistemas de aprendizaje y de transmisión de conocimientos, etc., y así mencionamos autores, métodos y buenos especialistas que sepan trabajar con ellos para el mayor aprovechamiento por parte de los alumnos.

Pero si decimos educación no podemos prescindir de la persona del educador. No se trata de su capacitación y sus habilidades para la transmisión de conocimientos, que obviamente debe poseer, sino de su condición de guía y sostén del educando. Este, además de adquirir conocimientos necesarios y útiles, debe saber cómo situarse ante la vida, integrando, en el momento que le toca vivir, su historia personal o familiar, según su condición de niño, adolescente o joven. Debe también aprender a relacionarse con la naturaleza, con el mundo y con las otras personas en forma amable y descubrir su papel en la familia y en la sociedad, al mismo tiempo que se entrena en desempeñarlo adecuadamente, según su edad.

Para educar de este modo, José de la Luz y Caballero no reclama títulos especiales ni un cúmulo excesivo de conocimientos, sino que el maestro sea un «Evangelio vivo».

Cuando él dice que «enseñar puede cualquiera» no se está refiriendo a los conocimientos del que imparte la enseñanza en la materia que explica, sea matemáticas, historia o geografía. La palabra cualquiera no indica indiferencia con respecto a la capacitación de quien instruye, pues nadie podría enseñar Literatura Universal si apenas sabe leer. Esa palabra se refiere a la condición moral de la persona, a sus características individuales. Por ejemplo, puede tener un profesor un carácter ácido o un trato suficiente y distante y enseñar muy bien la química o la biología, pero sus actitudes como persona no entusiasman a sus alumnos, que no se sienten acogidos ni valorados por su maestro y pocos se animarían a tomarlo como modelo para sus vidas o aun para su propio desempeño profesional en el futuro. Educar es preparar para la vida y solo puede hacerlo quien sea un evangelio vivo. Es a esto a lo que se refiere Luz.

Aquí entramos de lleno en el ámbito de la persona del educador, que debe formar el carácter de sus alumnos, infundiéndoles nobles ideales y animándolos con su propia vida a tomar posturas y decisiones éticas en su existencia. El niño y la niña deben aprender en la escuela que los conflictos no se dirimen a puñetazos, que el chisme y los enredos dañan a muchos y crean mal ambiente, que hay que ser leal en la amistad, que las personas mayores deben ser respetadas y, entre ellos, los padres, abuelos y maestros de modo especial.

Pero ¿cómo puede crear o favorecer esas actitudes e infundir valores positivos un maestro o una maestra que no respeta al alumno, que lo trata ásperamente y aun en forma grosera, que se deja

llevar de los dimes y diretes de sus alumnos, que da la impresión de querer acabar pronto o de estar en el aula de clases como cumpliendo un castigo?

Así no se puede educar. No se obtendría tampoco ningún resultado positivo en cuanto a actitudes y conductas de los educandos si se creara una nueva asignatura que podría llamarse «Actitudes positivas y valores». Quizá tendría que impartirla el mismo maestro que vocifera en clase, muestra desgano en su trabajo escolar o es frío y seco con sus alumnos y, aunque así no fuera, podría convertirse en una nueva materia a retener, si no hay un maestro que la transmita con convicción, comprometiéndose con lo que dice apoyado en el testimonio de su vida.

A vivir se aprende viviendo y solo uno o varios modelos concretos de vida pueden entusiasmar a niños y adolescentes a ser como sus mayores o a dar fe a lo que ellos les dicen en orden al bien, a la justicia, a la verdad, al buen comportamiento.

Todo cuanto hemos dicho nos puede llevar a exclamar: ¡Qué difícil es ser maestro! Pero hay otra exclamación, más honda y reflexiva que debe acompañar siempre a esta: ¡Qué grande es ser maestro! Y lo es. Según el dicho de Luz y Caballero, solo lo será plenamente quien sea un Evangelio vivo. ¡Qué alto fue Don José a buscar la fuente de inspiración para el maestro en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo!

Para aprender bien la sublimidad de esta comparación de Luz es necesario saber qué es el Evangelio. El Evangelio no es un libro, aunque hay cuatro libros que contienen el Evangelio de Jesús. San Pablo, hablando a sus cristianos, les insiste en que permanezcan fieles al Evangelio que él les ha transmitido. Literalmente, Evangelio significa buena noticia. Los apóstoles de Jesús recibieron de su Señor una misión: «vayan por el mundo entero y anuncien la buena noticia (el Evangelio)». Esa buena noticia es que Dios envió al mundo a su Hijo Jesucristo, que nos mostró el amor de Dios hasta morir en una cruz, pero resucitó glorioso y está vivo para siempre. Esa buena noticia incluye la certeza de que Cristo es para nosotros el Camino, la Verdad y la Vida. El amor que Él vino a sembrar como un sembrador que riega su semilla debe ser cultivado entre los hombres. Él hizo de ese amor un mandamiento nuevo: «ámense unos a otros como yo los he amado» y fundó un modo de vida basado precisamente en el amor, el perdón y la misericordia. Él no vino a ser servido, sino a servir y declaró dichosos a los sencillos, a los niños, a los mansos, a los que lloran y a quienes trabajan para que haya paz. Él pasó haciendo el bien. De sus labios hemos oído que la verdad nos hará libres, que tomar nuestra cruz y seguirlo es encontrar alivio en nuestros agobios, porque con Él la cruz se vuelve llevadera y la carga, ligera. Por Jesús hemos sabido que los últimos serán los primeros y que de nada nos valdría ganar el mundo entero si malogramos nuestra vida. En Cristo, nuestros corazones se llenan de gozo y proclaman la grandeza del Señor, pues en su Evangelio hemos encontrado un tesoro de gran valor que aprisionamos junto al corazón y nos hace decir con San Pablo: «Todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo». Mientras no hallamos ese tesoro de la buena noticia de Jesucristo, nuestra vida es mustia. Una vez descubierta esta riqueza podemos decir llenos de alegría con el Apóstol San Juan: «la vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio».

Cuando la buena noticia de Jesucristo se hace vida en nosotros, no podemos menos que anunciarla a los demás, es así como nos convertimos en un Evangelio vivo, nuestras personas se vuelven para nuestro prójimo como una noticia buena. Un maestro cristiano, católico, tiene que ser cada día como una buena noticia para sus alumnos, una buena noticia sobre la vida, sobre el amor, sobre el bien que hay que hacer a los demás y que los otros están esperando de nosotros.

Esta buena noticia la da el maestro enseñando lengua española, inglés o geometría, porque lo que se produce es una comunicación de vida, y de vida nueva y abundante, transmitida a través de cuanto hacemos. Los alumnos se sienten entonces alentados, depositan confianza en su maestro o maestra, nace espontáneamente la pregunta de los niños y adolescentes, llega a producirse el diálogo y se establece una relación realmente educadora. El maestro se convierte de este modo él mismo en un tesoro para los niños y adolescentes, dejará una huella muy personal en el alma de los

educandos y ellos no lo olvidarán nunca. La educación encierra un tesoro, el maestro cristiano es un especial portador de ese tesoro, porque lo encontró en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Yo invito a los maestros y maestras a valorar muy seriamente su trabajo escolar. Más allá de la metodología y las planificaciones, que son requisitos de todo enseñante, está el gozo de la vida nueva en Cristo, que hace de ustedes un Evangelio vivo, según el deseo de Luz y Caballero, para todos los educadores.

Recuerden, queridos maestros y maestras, un profesional no vale por lo que hace, ni por lo que gana, sino por lo que es. En cualquier trabajo bien realizado por el hombre o la mujer hay una recompensa que va más allá de las ganancias materiales: la satisfacción de haber hecho una buena obra. Esto es particularmente cierto en el educador. El gran Miguel Ángel, ante su fabuloso Moisés de mármol, al último golpe de cincel, dicen que gritó: ¡Habla!, tan bien le había quedado su obra que el entusiasmo lo hizo prorrumper en esta exclamación, pero la piedra muda no podía responderle.

El educador, sin embargo, moldea el alma de sus alumnos, como quien trabaja una piedra bruta y le va dando formas. Ahora bien, el cincel del maestro es el amor y sabe que el niño, el adolescente o el joven que tiene ante sí es obra de Dios, que la imagen de Dios está presente o escondida en esa criatura, bautizada o no, de familia creyente o indiferente, y en esa imagen de Dios que llevamos dentro está lo mejor de nosotros mismos.

Qué gran trabajo el de desbastar la piedra y dejar que se haga visible lo que Dios ha creado. Y esa obra de Dios que tú, maestro o maestra, habrás ayudado a evidenciar sí podrá hablarte, sí te recordará por tu paciencia, si irá a verte y no olvidará los buenos consejos, la palabra amable o el regaño oportuno que impidió una mala actuación.

Nuestra nacionalidad cubana se forjó en la fragua de una pléyade de maestros. La Revolución independentista de Cuba, a diferencia de la de otros países de América, no nació de militares, sino de maestros; las ideas libertarias anidaron en las aulas, no en los cuarteles. Ante todo, en las aulas del Seminario San Carlos, donde ejercieron su misión magisterial aquellos insignes educadores: el Padre José Agustín Caballero y el padre Félix Varela. El espíritu de San Carlos lo continuaron Don José de la Luz y Caballero y Rafael María de Mendive, maestro de José Martí.

Hay que decir, porque así fue, que aquellos grandes maestros y fundadores de la Patria bebieron, en la fuente pura del Evangelio de Jesucristo, no solo las ideas nobles, los valores eternos y la verdad que enseñaron, sino el método de Jesús, fundado en el amor y la comprensión, e hicieron que el Evangelio estuviera vivo en sus clases. Su legado debe ser conocido, estudiado por todos nuestros maestros, pero especialmente por los maestros cristianos.

Los siglos se suceden, los métodos de enseñanza pueden variar y han de variar aún mucho más en los años próximos, pero ningún elemento electrónico, ningún método ultramoderno podrá reemplazar al maestro. En la medida que avance la técnica, el papel del maestro como educador se verá resaltado. Puede haber aulas virtuales con superprofesores y medios auxiliares increíbles, pero el maestro es quien sabe que el aprovechamiento de tal alumno no fue bueno en el semestre porque estuvo preocupado a causa de la enfermedad de la madre y que este año las relaciones en el grupo no son buenas porque hay dos o tres que siembran cizaña y es necesario hablar con ellos. O que, a pesar de todos los métodos extraordinarios, aquel niño no se interesa, no aprende, aunque es inteligente, porque está falto de amor.

Queridos educadores: si ustedes deben ser un Evangelio vivo, la Palabra de Dios en los cuatro Evangelios debe ser su libro de cabecera. Allí está el tesoro de gran valor que ustedes deben encontrar y reencontrar en cada ocasión, cada mañana. Jesucristo fue llamado por sus discípulos: Maestro. Pareciera, pues, que no hay otro apelativo más hermoso que ese en nuestra lengua para indicar una misión tan noble y digna como la de ustedes.

Que los inspire siempre en su misión educadora la figura y la enseñanza del Siervo de Dios Félix Varela, para que, como él, sirvan ustedes a su pueblo con entrega total, teniendo, como él, una preocupación constante por favorecer la virtud y por fundamentarla sobre una inquebrantable fe en Dios.

El maestro toca el alma del niño y del joven y para esto debe ser muy cercano al alumno y estar también muy cerca de Dios. Que Jesucristo, Maestro de vida y de verdad, bendiga a cuantos ejercen la hermosa profesión del magisterio.